

# El diario

Crónicas de supervivencia









*"No quería morir. Ahora no. Podían tenerme en el punto de mira en ese mismo momento. Otra vez la piel de gallina y no por el frío"*

**"La constelacion del  
perro"**

Peter Heller

*"Incluso en la soledad más profunda, la conexión con otro ser humano, aunque sea efímera, puede iluminar las sombras más oscuras del alma."*

**"Vida Simple"**

Tesson, Sylvain

*"La capacidad de adaptarse no es solo una cuestión de supervivencia, sino de trascendencia. A través de cada desafío, encontramos una nueva fuerza y un nuevo propósito."*

**"El descontento"**

Beatriz Serrano



No sé muy bien por qué escribo.

Supongo que necesito dejar constancia de que todavía existo, de que no me he convertido en uno de esos cuerpos sin nombre que terminan fundiéndose con el polvo. Escribir me da una forma, aunque sea mínima. Me recuerda que aún pienso, que puedo observar y registrar, que sigo siendo alguien y no solo un cuerpo que respira por costumbre.

El aire aquí arriba es denso y gris. Tiene ese olor a polvo y metal que se pega en la garganta. Desde la azotea, la ciudad parece una fotografía vieja. Chernogorsk está muerta, o al menos no vive como antes.

Los edificios parecen tumbas abiertas. Las calles son grietas por donde la memoria se escapa.

En días claros se puede ver el mar, aunque ya no tiene color ni reflejo, solo un movimiento espeso que huele a hierro oxidado. A veces pienso que el mar se pudre igual que nosotros.



Vivo en la parte más alta de un edificio contra el que se estrelló un avión cuando todo se fue al infierno

El fuselaje quedó incrustado en la fachada, como si una mano gigante lo hubiera empujado hasta que encajó. Es una imagen absurda, pero me acostumbré a ella.

Los primeros días me inquietaba pensar que podía caer en cualquier momento, aplastarlo todo y enterrarme con el resto. Ahora forma parte del paisaje, como una costilla oxidada que sostiene mi refugio. Aquí nada se cae del todo; todo se sostiene por puro cansancio.

Mi refugio es una habitación sin ventanas, con una colchoneta delgada y una manta que apenas calienta. Duermo junto a mis armas porque me hace sentir menos vulnerable, aunque sé que, si llega el momento, nada servirá de mucho.

Tengo una Colt con ocho balas, un fusil con mira que to-



davía aguanta y una ballesta demasiado pesada para moverla con agilidad.

Guardo dos latas de atún, un frasco de miel que abro solo en noches especialmente malas, un par de vendas, una cuerda corta y un jabón gastado.

Y mis botas son un desastre.

las remendé tantas veces que ya no sé qué parte es la original. Desde aquí puedo ver la torre del reloj. A veces marca la hora y suena, pero, ¿por qué sigue funcionando?.

El mecanismo debería haberse detenido hace años. Cada campanada me recuerda que el tiempo, aunque nadie lo mire, sigue midiendo algo, incluso si ese algo ya no tiene nombre. Me gusta pensar que el reloj no marca las horas sino la resistencia, el simple hecho de seguir moviéndose sin propósito.

En cierto modo, me representa.

Por las noches, cuando el silencio se espesa, la mente juega sucio. Trae recuerdos que no pedí: una taza de café,



una risa en otra habitación, una calle iluminada. La memoria es una trampa; te arrastra hacia un pasado que ya no encaja con lo que eres.

Intento no pensar demasiado en lo que perdí.

Pensar gasta energía, y aquí la energía vale tanto como el agua o las balas.

A veces bajo al hospital. No queda nadie, pero sigo yendo.

Hay algo en ese lugar que me atrae, quizá la costumbre de buscar esperanza entre ruinas. El olor es una mezcla de polvo, desinfectante y óxido.

Camino por los pasillos con cuidado, esquivando camillas oxidadas y puertas que se abren con un ruido agudo, como si el aire se quejara de ser interrumpido.

Recojo lo que encuentro: gasas, botellas, frascos vacíos, cualquier cosa que pueda servir más adelante. Las etiquetas ya no se leen, pero el instinto pesa más que la información.

Recuerdo cuando la gente todavía creía que todo esto se arreglaría. Los primeros días hubo solidaridad, comida compartida, turnos de vigilancia, planes de reconstrucción. Duró poco.

El hambre empezó a abrir grietas donde antes había palabras. Después vino el miedo, y el miedo siempre termina trayendo la violencia. Vi a gente matarse por una lata de comida, vi a padres robar a sus hijos, a amigos traicionarse con una sonrisa de disculpa. En aquel momento pensé que era una excepción.

Hoy sé que fue el comienzo de una nueva normalidad.

Cada día es una rutina de pequeñas tareas que no conducen a nada, pero que mantienen la mente ocupada: contar latas, revisar munición, reforzar las botas, limpiar el fusil, escribir. No es que sirvan para sobrevivir; sirven para no volverse loco.

A veces me descubro repitiendo movimientos que no tienen propósito, como si mi cuerpo se negara a aceptar que

ya no hay un sistema que los justifique. Supongo que así funciona el instinto: rellena el vacío con gestos antiguos.

Desde el tejado observo los restos de la ciudad. Hay una quietud que no había antes. No es paz, es agotamiento.

Los pocos que quedan se mueven como sombras.

A veces escucho disparos lejanos o el eco de un motor, y me quedo quieto, respirando despacio, esperando que el sonido se apague sin acercarse. Es una forma de oración sin palabras.

Por la noche, la oscuridad es total. No hay luces, no hay fuego. Evito encender fogatas. El fuego delata, y en este mundo el calor puede costarte la vida. Me cubro con la manta y escucho. Siempre hay un sonido escondido: madera que cruje, viento que arrastra polvo, mi propio corazón recordándome que sigo aquí.

Es curioso cómo la supervivencia se parece tanto a la espera.

El amanecer no llega como antes. No hay claridad repen-



tina, solo una palidez lenta que empuja a la oscuridad hacia los rincones. La luz no alumbra, apenas revela las formas que siguieron existiendo durante la noche. Me levanto sin pensar. El cuerpo conoce su turno.

Hay algo tranquilizador en el peso de la rutina: cada gesto repite una historia mínima de supervivencia.

Me lavo la cara con el agua que guardé en una botella cortada.

El sabor metálico no desaparece. Mastico un trozo de pan duro que me deja las encías ásperas. Guardo la lata vacía con cuidado, porque el metal aún sirve. Todo tiene otra vida si uno se molesta en verla.

Abro la puerta despacio. El pasillo huele a madera húmeda. El aire de la ciudad llega en oleadas. Es una mezcla de polvo, óxido y algo más que no sé nombrar. Subo al tejado. Desde allí arriba, la ciudad entera parece una criatura dormida, un cuerpo inmenso que respira con dificultad. La torre del reloj todavía está ahí. No sé si la miro o ella

me mira a mí. La campana no sonó durante la noche. Tampoco hoy. Me pregunto si al detenerse se llevará consigo la última medida del tiempo. Quizá, cuando eso ocurra, lo sabré por el silencio distinto que dejará en el aire.

Recojo el fusil y reviso el cargador. No espero disparar, pero revisar me calma. La acción del arma se ha vuelto una especie de meditación. Engraso las piezas, limpio el cañón, vuelvo a colocarlo en su sitio.

A veces imagino que cada tornillo, cada muelle, guarda memoria de los disparos pasados. Si pudiera hablar, contaría una historia que no quiero oír.

La Colt sigue bajo el colchón, con una bala menos de las que recordaba. Hago un recuento. Ocho, no, siete. Quizá me equivoqué la última vez. Quizá conté mal. Me repito que no importa, pero sí importa. En este mundo los números son lo único que todavía mantiene cierta lógica.

El hambre llega temprano. No tiene horario, solo intención. Abro una lata y me obligo a comer la mitad. La otra

mitad la reservo para la noche. No sé cuántos días más durará lo que tengo, pero tampoco sé si quiero saberlo.

Los planes largos se deshicieron junto con los calendarios. Aquí solo existe la siguiente hora. Después, la otra. Más allá, nada.

El sol se esconde sin aviso. La penumbra se desliza entre los huecos de la estructura y todo adopta un color de ceniza.

Cierro el cuaderno y lo guardo en el bolsillo interior de la chaqueta. No hay nada que añadir.

Hoy fue igual que ayer.

Pero estoy aquí.

Y por ahora, eso basta.

Y mientras quede tinta, papel, y un poco de fuego en el pecho... escribiré.

Aunque solo sea para no olvidar que un día fui humano.

Desperté antes del alba.

No porque quisiera, sino porque el sueño se ha vuelto un acto mecánico, fragmentado.

Un reflejo más de esta existencia de alerta constante.

Sentí el cuerpo rígido, como si los huesos se hubieran dormido conmigo y se resistieran a volver. Afuera, el cielo apenas se insinuaba en tonos de acero.

El aire olía a óxido, a polvo, a invierno prematuro.



Las botas estaban igual que ayer: muertas. Las suelas abiertas, los cordones carcomidos, el cuero húmedo y frío. Las toqué con recelo. Ponerme eso era como meter los pies en una tumba, pero no tenía opción. Las envolví con trozos de tela arrancados de una mochila vieja, a modo de vendas improvisadas, y me puse en marcha. El día prometía ser otro eslabón más de una cadena sin fin. Revisé el equipo. El fusil, con el cargador completo. La ballesta, con tres flechas reutilizadas y gastadas. La Colt, con ocho balas. Conté de nuevo. Siempre lo hago.

Como si cada vez esperara que una se hubiera multiplicado. Como si creyera en milagros, a pesar de todo.

Salí sin hacer ruido. Bajé las escaleras del edificio saltándome los tramos derrumbados. Conozco cada rincón, cada peldaño. Cada sombra. La ciudad, mi enemiga y mi refugio, me observa desde cada esquina.

Hoy el objetivo era claro: ropa y comida. No quedaba mucho margen. El estómago gruñía con la voz de los muertos y el cuerpo pedía abrigo con cada escalofrío. Caminé como siempre: bajo, rápido, atento. Cruzando avenidas cubiertas de musgo, árboles que crecían donde antes había coches, carteles de propaganda que ya no vendían nada.

En una de las avenidas principales, encontré el cadáver de un ciervo.

Destripado.

Alguien había pasado antes que yo.

Las huellas eran recientes. Sangre seca, ramas partidas.

Seguí el rastro con cautela, más por curiosidad que por esperanza. Quien fuera, se había movido hacia las afueras, a la base militar que todos evitaban.

Demasiado visible.

Demasiado expuesta.

Me acerqué bordeando la zona. El perímetro estaba igual: alambradas caídas, torres de vigilancia oxidadas, contenedores abiertos y vacíos. Entré por un costado, el más cubierto por maleza. Dentro, encontré restos de campamento. Una chaqueta colgada. Varios envoltorios de comida. Y, lo más importante: una Bizon abandonada. Pesada, pero útil. La revisé. Cargada. Sonreí, no por alegría, sino porque el destino, a veces, parece lanzar migajas para que sigamos avanzando.

Tomé también unos calcetines gruesos, húmedos pero recuperables, y un gorro térmico roto. Un botín modesto, pero suficiente para sobrevivir otro día. Ya era hora de volver.

Y entonces sucedió.

Giré por una calle secundaria, a dos manzanas del edificio. Allí, justo delante de un mercado destrozado, lo vi.

Otro.

No llevaba uniforme. Ni máscara. Solo ropa sucia, una mochila medio vacía, un cuchillo colgado del cinturón. Su rostro era una mezcla de cansancio y sospecha. La mirada clavada en mí.

Nos detuvimos.

El mundo se congeló durante un segundo. No hablamos. No hicimos ningún gesto. Solo nos medimos. Él miró mi mochila. Mi fusil. Yo observé sus manos. Su respiración. Vi cómo una de sus piernas temblaba ligeramente.

Dio un paso.

Y otro.

Levantó una mano, como quien quiere hablar. Murmuró algo. No lo entendí. O no quise entenderlo. Porque también vi su otra mano, moverse sutilmente hacia su costado. Hacia el cuchillo. Tal vez no era amenaza. Tal vez solo miedo.

Pero yo también tenía miedo.

Y disparé.

Dos veces.



El primer tiro lo tiró hacia atrás, como si el aire lo hubiese empujado. El segundo le alcanzó la cabeza. Cayó sin ruido. Sin drama. Solo un cuerpo más, en una ciudad que se traga cuerpos a diario.

Corrí hacia él por instinto. Me aseguré de que no se moviera. No lo hacía. Era un muchacho. Más joven de lo que parecía. Le temblaban los dedos incluso muerto. Le revisé la mochila. Unas vendas. Un cuchillo. Un frasco con pastillas multivitamínicas.

Me quedé allí, arrodillado. No por pena. No por remordimiento inmediato. Sino por el peso.

Porque no era la primera vez.

Y, sin embargo, dolía.

Recuerdo la primera vez que maté a alguien. Fue en un almacén. Estaba oscuro. Escuché pasos. Disparé sin pensar. Después vi que era una mujer. No llevaba armas. Solo una bolsa de pan duro. Lloré esa noche. Golpeé la pared hasta sangrar.

Pero hoy... hoy no lloré.

Hoy solo sentí el peso. La costumbre. El vacío.

Volví al edificio con pasos mecánicos. El cuerpo avanzaba.

La mente se había quedado en esa calle, junto a aquel

cuerpo. Al llegar, ordené el botín. La Bizon. Las balas. Las

pastillas. El gorro. Lo puse todo en su sitio, como si esa

rutina pudiera lavarme la conciencia.

Me senté junto a la estufa apagada. Saqué el cuaderno.

Dudé. Pensé en no escribirlo. Pero si no lo hago, si no dejo

constancia, si lo borro incluso de mí... entonces me

convertiré en uno de ellos. En esos que matan sin más. Que

no sienten. Que no recuerdan.

Y yo aún recuerdo.

Recuerdo cuando esto comenzó y ofrecíamos ayuda a los demás. Recuerdo compartir una lata con un desconocido. Recuerdo dar una manta a una mujer que temblaba.

¿Cuánto hace de eso? ¿Semanas? ¿Meses? ¿Años? Ya no lo sé. Pero sé que esa versión de mí se está apagando. Y no quiero que desaparezca del todo.

Hoy maté por miedo. No por necesidad. No por supervivencia directa. Fue preventivo. Fue reflejo. Eso me duele más que el propio disparo.

Hay quienes dicen que en este mundo nuevo no hay lugar para la duda. Que el que duda, muere. Y tal vez tengan razón. Pero ¿de qué sirve vivir si te has vaciado por dentro? Si ya no queda ni un eco de lo que fuiste.

La noche cayó rápido. Me preparé un té sin sabor. Me senté en silencio. No prendí fuego. El estómago apenas se calmó. Pero no era hambre lo que tenía. Era ese hueco que deja la moral cuando se rompe.

Pensé en su cara. En su intento de hablar. En lo que no  
llegamos a decirnos.

Y escribí esto.

Para no olvidarlo. Para no olvidarme.

Porque cuando eso pase, cuando deje de escribir, cuando  
deje de cuestionarlo, cuando dispare y ni siquiera me  
tiemble el pulso... ese día no será el fin del mundo.

Será el mío.



El frío me despertó antes que la luz.

Era un dolor punzante, seco, que subía por los pies y se alojaba en la columna como una espina congelada.

No hay forma de dormir bien cuando cada músculo tiembla, cuando la humedad se cuela incluso en los huesos.

Me senté en la colchoneta, cubierto por una manta demasiado delgada, y miré las paredes de concreto agrietadas del refugio.

Mi aliento salía en nubes breves.

El gas de la estufa se agotó anoche. Ni una chispa más. No podía arriesgarme a encender fuego normal aquí arriba. El humo delataría mi posición. Así que no había calor. No había tregua. Solo esa quietud helada que la ciudad impone como castigo.

Mis pies estaban hinchados.

Rojos.

Llenos de ampollas.

Las botas, remendadas una vez más con cuerda y cinta,  
eran poco más que una promesa.

Una burla.

Me las puse a la fuerza. Cada movimiento era una herida.

Sabía que no podía seguir así. No muchos días más.

Y entonces, como si la memoria se hubiera activado en  
defensa propia, lo recordé: las cuevas.

Un escondite que había encontrado meses atrás, cuando  
aún buscaba zonas alejadas, cuando aún pensaba que  
podría trazar un mapa de seguridad.

Estaban en un cerro al norte, ocultas entre árboles  
nudosos, donde el viento golpea con menos rabia y el  
silencio tiene otra textura.

Allí había dejado una reserva mínima: algo de comida, una  
manta, una caja con pastillas.

Decidí que era el momento.

Reuní lo justo.

Una cantimplora vacía.

Unas cuantas conservas.

El fusil, claro.

La ballesta.

Dejé atrás cosas que ya no pesaban en la mochila, pero sí en el cuerpo: la olla rota, unos libros húmedos, una linterna que solo parpadeaba.

Salir del edificio fue un acto de fe.

Cada crujido parecía una alarma.

Cada esquina, una trampa.

Aún así, avancé, por calles cubiertas de escombros, autos volcados y el olor persistente del moho.

El cielo estaba gris, sin promesa de sol. Pero al menos no llovía.

A medida que me alejaba, la ciudad empezaba a desvanecerse.

Las casas eran más bajas. El ruido desaparecía.

Y entonces, el bosque.

Los árboles parecían mirarme. No de forma hostil, sino como testigos antiguos. Sus ramas, retorcidas, se mecían con el viento como brazos cansados.

El barro se tragaba mis pasos. Mis piernas ardían. Pero la meta era clara.

En el camino, encontré una fuente. Vieja, oxidada.

Pero aún manaba un hilo de agua. Un milagro. Bebí. Lavé el rostro. Sentí algo parecido a gratitud, aunque me duró poco. Seguí. La cuesta era empinada. Las piedras resbalaban. Pero cada metro ganado me acercaba a algo más que un refugio. Me acercaba a la posibilidad de no terminar pudriéndome en el mismo rincón donde llevaba meses oculto.

Llegué al atardecer.

La entrada estaba como la recordaba: cubierta por ramas, casi invisible. Me arrodillé, aparté el follaje, y entré. La cueva olía a tierra vieja. A humedad. Pero estaba seca. Y vacía.

Revisé las cajas. Todo seguía allí. Las latas, polvorientas pero selladas. Las vendas. Un frasco de miel. Unas pastillas que apenas reconocía. Y una manta. Más gruesa que la que tenía. Más cálida. Me envolví en ella de inmediato, como si abrazara un recuerdo.

Encendí una pequeña fogata. Allí sí podía hacerlo. La entrada escondía el humo. El calor regresó poco a poco. Los dedos dejaron de doler. Sentí los pies otra vez. Incluso sonreí, aunque fue más una mueca de alivio.

Comí algo. Una lata de atún. Un pedazo de pan duro que no recordaba haber guardado. Sabía a cartón, pero era comida. Mientras masticaba, me di cuenta de lo raro que era escuchar silencio real. No el de la ciudad, lleno de amenazas escondidas. Este era otro tipo de silencio. Más puro. Más... humano.

Saqué el cuaderno. Lo abrí. Dudé antes de escribir. Porque esta vez no quería registrar solo lo que hice. Quería recordar por qué lo hice.

Hoy sentí miedo. No del frío. No del hambre. Sino del punto al que estoy llegando. El punto en que uno deja de planear el futuro. Deja de esperar señales. Solo sobrevive. Y eso no es vida. Es una pausa larga. Una sala de espera sin puerta de salida.

Pensé en las cosas que dejé atrás. No las materiales. Esas nunca importaron. Pensé en las palabras que ya no digo. En los gestos que no hago. En las canciones que ya no me vienen a la mente. En todo lo que hace que uno no solo respire, sino sea alguien.

Aquí, en esta cueva, por primera vez en semanas, no tengo miedo inmediato. No tengo que calcular cada sonido.

Puedo cerrar los ojos más de un minuto. Eso me hizo darme cuenta de cuán bajo he caído. Que un rincón húmedo y oscuro me parezca un palacio. Que un trozo de pan me arranque una lágrima. Que escribir esto me parezca un lujo.

Antes de dormirme, salí un momento. Me senté en una roca frente a la entrada. Desde allí se ve el valle. Oscuro.

Inmóvil. Pero también inmenso. El cielo estaba limpio. Las estrellas, fijas. Me pregunté si alguien más las estaría mirando. Si, en algún punto, aún hay otros que no se han rendido.

Volví a entrar.

El fuego ya estaba bajo. Me envolví en la manta. Sentí por un segundo que esta noche, solo esta, podía permitirme no pensar en disparos, en cadáveres, en traiciones. Solo pensar en que, de momento, sigo aquí.

Y eso, por hoy, es suficiente.

No sé cuánto dormí.

En este mundo el tiempo se ha vuelto una cuerda rota: los días y las noches se enredan y uno termina viviendo entre tramos de oscuridad y pequeños destellos de claridad. Me despertó el silencio. No el natural, sino ese que suena cuando algo cambia.

El fuego se había extinguido. Solo quedaban brasas que parecían ojos cansados mirándome desde el suelo. Afuera, el viento soplaba distinto. No era el zumbido seco del bosque, sino un rumor más profundo, como si la tierra estuviera conteniendo la respiración.

Salí de la cueva con el fusil al hombro. El amanecer apenas insinuaba su forma entre las nubes. La niebla lo cubría todo y hacía que los árboles parecieran sombras atrapadas en otro plano. Caminé hasta el claro donde ayer había dejado una trampa improvisada. Vacía. El olor a humedad se mezclaba con algo más: hierro, carne.



Me agaché. Sangre fresca en el barro. No humana, al menos eso quise creer.

Seguí el rastro un par de metros, hasta encontrar restos de pelo pegados a una raíz. Quizá un zorro. O algo más pequeño. La naturaleza sigue funcionando aunque no la miremos; su lógica no se detiene por nuestras ruinas.

De vuelta en la cueva, encendí el fuego otra vez. La llama es lo más parecido a compañía que me queda. Mientras el calor devolvía movimiento a mis dedos, saqué el cuaderno. Dudé en escribir. Hay días en que las palabras pesan más que las piedras. Pero escribir es la única manera que tengo de poner en orden la locura.

Hoy me siento diferente. No sé si es el cansancio o una sensación extraña que me acompaña desde hace días. Como si algo o alguien me observara desde la distancia. No lo llamaría miedo, sino presencia. A veces, por la noche, escucho pasos. No muy lejos. Pero cuando salgo, no hay nadie. Solo el viento arrastrando hojas y el eco burlón de mis propios pensamientos. He pensado en marcharme hacia el norte.

En el mapa que llevo, apenas se distinguen los nombres, pero recuerdo un río. Si lo sigo, podría llevarme a zonas menos devastadas. Tal vez incluso a alguna señal humana. No sé si busco ayuda o redención.

Antes, vivir significaba avanzar, construir, soñar. Ahora significa no morir. Pero hay días como hoy en que esa frontera se difumina, y me descubro pensando en lo que sería volver a hablar con alguien. Escuchar una voz. Cualquiera.

Mientras escribo esto, escucho truenos a lo lejos. La lluvia regresará pronto. He tapado la entrada con ramas y piedra. El olor del fuego podría atraer curiosos. O algo peor.

Pienso en Pedro. En si seguirá vivo. En si todavía recuerda la frecuencia que solíamos usar. A veces fantaseo con encender la radio y escuchar su voz, aunque sea una interferencia, un ruido que me haga creer que no todo se perdió.

La soledad es un enemigo educado: no te ataca de frente, te acaricia hasta que te acostumbras a ella. Empieza siendo refugio y termina siendo jaula.

El fuego se apaga despacio. La cueva se llena de esa penumbra tibia que precede al sueño. Afuera, la tormenta empieza a romper el aire. Cada trueno suena como un disparo lejano.

Apoyo el fusil junto a la pared y cierro el cuaderno.

Si mañana sigo respirando, volveré a escribir.

No por esperanza.

Sino por memoria.

Porque cuando deje de escribir, significará que ya no queda nadie para contar lo que fuimos.

La tormenta duró toda la noche.

El sonido del agua golpeando las rocas se mezclaba con los truenos, como si el cielo quisiera recordar que aún puede destruir lo que queda. No dormí. No por miedo, sino porque el cuerpo se ha acostumbrado a vivir entre sobresaltos.

Cuando el amanecer llegó, la lluvia se convirtió en una llovizna débil. Salí de la cueva y el bosque olía a tierra viva y moho. Las hojas estaban cubiertas de gotas oscuras que reflejaban la poca luz que quedaba, como si el mundo, por un instante, recordara ser hermoso, aunque ya no lo fuera.

Caminé hasta el claro y revisé las trampas.

Nada.

Solo ramas partidas y huellas pequeñas, tal vez de un zorro o un perro salvaje. Me quedé quieto un rato, observando el vapor que salía de mi respiración. A veces olvido que sigo aquí. Que aún tengo pulso.

Decidí moverme hacia el valle. Necesito comida.

El aire era más pesado cuanto más descendía. Encontré un coche volcado, cubierto de moho, con el interior hecho trizas. Dentro había un mapa manchado, una vieja lata y un mechero que todavía chispeaba. No sé por qué lo guardé; quizá porque en este mundo cada chispa, literal o no, es un milagro.

Seguí el camino entre los árboles hasta llegar a una vieja carretera. El asfalto estaba cuarteado y cubierto de raíces. A un lado, una señal oxidada indicaba "Polana". Me reí. No sé de qué. Tal vez del absurdo de seguir leyendo indicaciones que ya no llevan a ninguna parte.

Avancé un par de horas hasta divisar unas casas en ruinas. El silencio era tan espeso que cada paso sonaba como una ofensa. Entré en una de ellas. Las paredes estaban cubiertas de moho y polvo. En una estantería encontré un libro abierto, empapado. "Manual de supervivencia básica". Lo hojeé. Las palabras apenas se leían, pero me quedé con una frase:

"Sobrevivir no es resistir, es adaptarse."

La guardé. No el libro, la frase.

Seguí explorando y encontré una botella de agua medio llena. El líquido estaba amarillento, con motas suspendidas, como si el tiempo se hubiera disuelto en él. La abrí, la olí. Olía a óxido y plástico viejo. Bebí apenas un sorbo y lo escupí enseguida. Sabía a metal y polvo. Me la guardé igual; hervida, podría servir. Aquí nada se desperdicia, ni siquiera lo que enferma.

Me senté un rato y dejé que el sol, tímido, me secara la ropa. Pensé en lo que escribí anoche. En Pedro. En la radio. En la idea absurda de encontrar a alguien más. La esperanza es peligrosa, pero necesaria. Si la pierdo, lo pierdo todo.

Cuando el cielo empezó a oscurecer, decidí volver a la cueva. No por miedo, sino porque la oscuridad ya no se puede negociar. En el camino recogí ramas secas. El fuego será mi única conversación esta noche.

Ya dentro, encendí el mechero nuevo y el fuego volvió a nacer. La cueva se llenó de esa luz naranja que lo transforma todo.

Me comí la última lata de atún. No sentí hambre ni saciedad. Solo rutina.

Escribo esto mientras el viento se filtra por la entrada. Hay un sonido rítmico, constante, como un paso que se repite. Puede que sea el eco de mi propio corazón, o tal vez algo afuera.

No voy a salir a comprobarlo.

A veces, sobrevivir es fingir que no escuchas.

Necesito moverme.

Porque quedarse quieto aquí también es una forma de morir.

Desperté antes del amanecer, con el cuerpo entumecido y la garganta seca.

El aire en la cueva era tan denso que al respirar parecía tragar polvo. El fuego se había apagado hacía horas, y el silencio que lo reemplazó me resultó casi agresivo.

No era miedo lo que sentía, era ese vacío familiar que llega cuando el mundo parece detenido, como si todo esperara que uno haga el primer movimiento.



Hoy decidí salir a cazar.

No por hambre inmediata, sino porque necesito recordar que todavía soy capaz de buscar algo y conseguirlo.

El bosque al amanecer tiene un tipo de belleza que hiere. La luz se filtra como un cuchillo entre las ramas, y el aire huele a hojas podridas y humedad vieja. Caminé despacio, con el fusil cargado y los sentidos atentos. El suelo estaba cubierto de huellas, la mayoría viejas, deformadas por la lluvia. Otras eran más recientes... demasiado humanas.

Seguí el rastro durante un tramo y me encontré con una fogata apagada. Alguien había estado allí, quizás hace un día, quizás dos. Había huesos calcinados, una lata aplastada y un trozo de tela chamuscada. No encontré más señales.

Pero eso bastó.

No estoy tan solo como creía.

Continué mi camino hasta el borde del bosque, donde el terreno desciende hacia un valle cubierto de niebla. Desde allí se veía la silueta de Chernogorsk a lo lejos.

El reloj todavía se alzaba entre las ruinas.

Ese maldito reloj que sigue marcando las horas como si el tiempo no se hubiera rendido. Me quedé observando mucho rato.

Pensando en Pedro. En todo lo que hicimos juntos en esa ciudad que ahora parece un mausoleo.

Si sigue con vida, es posible que aún tenga su radio.

La idea me golpeó con fuerza. Tal vez la mía, conectada a una batería, aún funcione. Si lograra restaurarla, podría intentar contactarlo. No sé qué frecuencia usaría, pero algo me dice que sabría buscarme.

Volví a la cueva al atardecer. No había cazado nada. Ni rastro de ciervos ni pájaros. El bosque está vacío, como si los animales también hubieran aprendido a esconderse de nosotros.

Encendí el fuego, herví un poco de agua turbia y me senté frente a la llama. El sonido del fuego es lo más parecido a una conversación que tengo.

Mientras comía lo último de mis provisiones, volví a pensar en la radio. En esa posibilidad absurda de escuchar una voz amiga en medio del ruido blanco.

No tengo esperanza, pero tengo curiosidad.

Y a veces, la curiosidad es lo que mantiene el alma en movimiento.

Mañana iré a la ciudad.

Si la radio sigue allí, intentaré repararla.

Si no... al menos sabré que lo intenté.

No quiero convertirme en otro hombre que se pudre esperando que algo cambie.

Quizá Pedro esté vivo.

Quizá nadie lo esté.

Pero si alguien, en algún punto de este mundo muerto, todavía transmite...

quiero escucharlo.

Volví a la ciudad al amanecer.

El camino desde las cuevas fue más largo de lo que recordaba.

Tal vez el cuerpo se encoge con el tiempo, o quizás es la memoria la que se alarga para hacernos dudar de lo que fuimos.

Chernogorsk me recibió con el mismo silencio oxidado de siempre. Las calles siguen vacías, los edificios aún sangran óxido, y las ventanas parecen ojos apagados que alguna vez vieron demasiado.

Avancé entre coches volcados y árboles que crecían donde antes había asfalto.

El aire olía a metal viejo y a lluvia estancada.

Llegué a mi antiguo edificio.

La fachada seguía en pie, aunque el tiempo la había pelado como una herida mal cerrada

Subí despacio, esquivando escombros, reconociendo cada rincón a través de la memoria más que de la vista.

En el tercer piso, la puerta seguía atascada. La empujé con el hombro.

Entré.

Mi apartamento olía a moho y ceniza.

Las paredes estaban ennegrecidas, los muebles cubiertos por una capa de polvo tan gruesa que parecía nieve. Caminé despacio, con el fusil colgando, temiendo reconocer lo que quedaba.

Sobre la mesa del comedor, aún estaba la radio.

El mismo aparato de onda corta con el que hablaba con Pedro.

Estaba cubierta de polvo y óxido, pero intacta.

La tomé entre las manos como si fuera algo vivo.

Me arrodillé junto a la ventana y conecté los cables a la batería que había traído de un coche abandonado.

El chisporroteo me hizo contener la respiración. Un zumbido, luego un ruido blanco, luego nada.

Giré el dial lentamente, buscando una frecuencia conocida.

Solo estática.

Pero detrás del ruido había algo.

No una voz, apenas un temblor.

Como si el silencio intentara decirme algo.

Seguí girando los diales con las manos temblorosas.

De pronto, escuché un golpe metálico en la habitación contigua. Me giré rápido, apuntando con el fusil.

Nada.

Solo el viento moviendo una puerta.

Volví a la radio.

El sonido seguía allí.

Un patrón.

Tres pulsos, una pausa, tres pulsos otra vez.

Pensé que eran interferencias, pero el ritmo era demasiado preciso.

Demasiado humano.

"Pedro...", susurré, aunque sabía que nadie podía oírme.

Esperé.

Nada más. Solo ruido.

Dejé la radio sobre la mesa. El corazón me latía como si estuviera corriendo.

Busqué entre los cajones y encontré lo que quedaba de mi pasado: unas fotos húmedas, una taza rota, y dos libros cubiertos de polvo.

Uno era "La constelación del perro". El otro, "El horticultor autosuficiente".

Los abrí al azar. Las páginas se pegaban, pero aún olían a papel.

Por un momento creí oír mi propia voz leyéndolos en voz alta, años atrás, cuando el mundo todavía tenía días que terminaban con café y no con disparos.

Anochece.

No he podido dejar de pensar en esos tres pulsos.

Quizá fue solo el eco de una señal muerta.

O quizá alguien, en algún lugar, sigue intentando hablar.



La noche me encontró aquí, en lo que alguna vez fue mi hogar.

No regresaré a las cuevas. No esta vez.

Dormiré junto a la radio, por si vuelve a hablar.

El sonido del viento entre las ventanas rotas me servirá de guardia.

Mañana volveré a intentarlo.

Si Pedro está vivo, sabrá que sigo aquí.

Si no lo está...

al menos sabrá que lo busqué.

Y mientras tanto, escribiré.

Porque la escritura es lo único que aún me devuelve la voz, incluso cuando el mundo entero calla.

La noche fue larga.

El sonido del viento colándose por las ventanas rotas parecía un lamento viejo que se repetía una y otra vez.

Dormí poco. Cada crujido, cada golpe de aire, me hacía abrir los ojos y mirar la radio, esperando una señal que no llegaba.

Cuando el amanecer comenzó a filtrarse por el polvo, volví a conectar la batería.

Giré el dial con paciencia, sin esperanza, solo por costumbre.

El ruido blanco llenó la habitación, como un mar seco.

Pasaron minutos. O horas.

Y entonces, entre el chisporroteo, algo cambió.

Una frecuencia distinta.

Una voz.

Muy débil, rota, casi tragada por la estática.

No logré entender las palabras al principio, pero el tono era humano.

Real.

Apreté los auriculares contra los oídos.

—... ¿me copias?... ¿hay alguien?...

El corazón me golpeó el pecho con una fuerza que dolía.

—Aquí Sam —respondí casi sin aire—. Repito, aquí Sam. Te escucho.

Silencio.

Luego otra vez, más clara:

—Sam... ¿eres tú?...

Pedro.

Lo supe antes de oír su nombre.

Esa voz arrastrada, medio ronca, con ese acento que siempre sonaba entre una risa y una orden.

Me quedé quieto, sin poder hablar. Solo respiraba.

La radio crepitaba, pero seguía viva.

—Te escucho, Pedro —dije al fin—. Estoy en Chernogorsk. En mi apartamento. ¿Dónde estás?

La señal se cortó un segundo, luego volvió.

—... costa norte... vuelo humanitario... Clarisse... Ada... José... tus padres... todos están conmigo...

Las palabras se deshicieron entre interferencias, pero no necesitaba más.

Sentí un vacío que se llenó de golpe.

Como si los meses de silencio, de hambre, de polvo y miedo, hubiesen estado conduciéndome solo hasta ese instante.

No supe si llorar o reír.

Solo miré la radio y la toqué con cuidado, como si fuera un corazón ajeno latiendo entre mis manos.

—¿Están vivos? —pregunté.

Pero la señal se perdió.

Giré el dial, esperé, golpeé la mesa. Nada. Solo ruido blanco otra vez.

Aun así, la habitación ya no sonaba igual.

Había algo nuevo flotando entre los muros: una dirección.

Pasé el resto del día intentando estabilizar la señal.

Conecté mejor la batería, limpié los contactos, ajusté la antena. Cada intento traía apenas fragmentos de voz, destellos, una palabra suelta.

"...Pedro... costa..."

"...ellos... bien..."

El sol cayó detrás de los edificios y el apartamento se llenó de sombras.

Encendí una vela y escribí esto.

No sé si volveré a escucharlo mañana, pero ya no importa.

Porque sé que están ahí.

Esta noche dormiré aquí otra vez, junto a la radio.

Por primera vez en mucho tiempo, el silencio no me asusta.

Tiene forma.

Tiene nombre.





